



**Sara Mesa. *Un amor*. Barcelona: Editorial Anagrama. Colección Narrativas Hispánicas, 2020, 185 págs.**

**José Rafael Simón Pérez**  
Investigador independiente

✉ taller1976@gmail.com

id <https://orcid.org/0009-0004-9420-9805>

Docente de Castellano, Literatura y Latín y Magíster en Lingüística, egresado del Instituto Pedagógico de Caracas (IPC), en 1995 y 2003 respectivamente. Adscrito a la cátedra de Lingüística General del Departamento de Castellano, Literatura y Latín del IPC (hasta el año 2018).

En el año 2023, la directora y guionista catalana y española Isabel Coixet, la misma de *Mi vida sin mí* (2003) y *La vida secreta de las palabras* (2005), dirigió la película *Un amor*, cinta que fue nominada a siete premios Goya, de los cuales no obtuvo ninguno. Pero, atención, esta reseña no va de dicho film, sino de la novela en la que se basó: *Un amor*, de la escritora madrileña Sara Mesa, publicada en 2020 y de la cual ya se han realizado más de diez ediciones, considerada por los diarios *El País*, *El Cultural* y *La Vanguardia* como la mejor novela de ese año.

Hacer la reseña de un libro, una película o una obra de teatro, no es en modo alguno una tarea exenta de riesgos. Supone deslizarse por la delgada línea que separa lo sugerido de lo explícito y gráfico. Quien esto suscribe es consciente de ello e intentará no traspasar esa línea, porque nada es más contrario al interés por leer un libro, por ejemplo, que el hecho de que a uno le resuman el contenido del mismo y le revelen demasiadas pistas. Y mucho menos el final. Es más: tal proceder debería estar sancionado y penado por ley. *Un amor* consta de dos partes y su historia transcurre en La Escapa, un caserío de la llamada España vaciada, que bien podría ubicarse en Aragón, o en Castilla La Mancha



(molinos incluidos), Castilla y León, o en la misma Extremadura. O en cualquier país, da igual. Es un caserío de calles sin asfaltar, polvorientas. Allí llegan y habitan especímenes de la “hojarasca” del mundo: la chica de la venta, deseosa de irse a una ciudad que le provea mayores oportunidades; Píter, sí, Píter, no Peter, el hippie que se define a sí mismo como artesano del vidrio; los gitanos, el clan que padece en sus carnes los estigmas de su estirpe; los viejos esposos Joaquín y Roberta, ella huyendo de manera forzada de sus vivencias y recuerdos y él explicando y justificando siempre los comportamientos de ella, otrora maestra de escuela; el casero, dueño del cuchitril donde se instalará la protagonista femenina y representación exagerada de la masculinidad más tóxica (tal vez la novela admita también una lectura en clave feminista, es solo una presunción).

Y en *La Escapa* también quedan los vestigios ruinosos de la casa habitada por dos hermanos, quienes en su interior dieron rienda suelta a su amor incestuoso. Y en esas paredes todavía se pueden distinguir las frases acusatorias escritas por los vecinos. Y los fines de semana se acerca hasta el poblado una familia que ocupa un “chalecito” heredado, entre otras razones porque no fue posible venderlo. Parece la típica familia modélica y funcional, vaya usted a saber qué procesión latirá en su seno.

En resumidas cuentas: perdedores, algunas personas “al margen de...”, “hojarasca”, intentando lo humanamente imposible: huir de sí mismos.

Y luego están Natalia (Nat) y Andreas, los protagonistas del asunto. Ella, una traductora, rebelde, antisistema, que llega a *La Escapa* huyendo a raíz de un incidente ocurrido en su antiguo trabajo. Y él, que de alemán tiene lo que quien suscribe este escrito tiene de mago, geógrafo de profesión, devenido en un pequeño agricultor y, en consecuencia, proveedor de frutas y verduras para toda la comarca. Ambos viven con sus mascotas: el perro Sieso, “obsequio” del casero y la gata Li respectivamente (Sugiero indagar acerca de las distintas acepciones de la palabra “sieso”).

A quien lea el libro le corresponderá averiguar el tipo de relación establecido entre ambos personajes, Nat y Andreas, el particular inicio de dicha relación (“... que lo deje entrar...”, es una frase que no deja de repetirse en la mente de Nat), así como la profundidad de la misma. Y también tendrá que averiguar el papel que tienen Sieso y Li en la trama de la obra, que lo tienen, y de no poco peso. Quizá a través de ellos es que se



puede llegar a comprender mejor a Nat y a Andreas, y al resto de personajes, y a las circunstancias que entrelazan y determinan sus vidas.

Y en las inmediaciones de La Escapa, hay un cerro no muy alto, El Glauco. Nat relaciona ese nombre con el término glaucoma y con el sentido de la vista en general. El susodicho centro vendría a ser entonces una especie de vigilante o de espía, ese ojo a medio camino entre ser omnisciente y testigo de todo lo que ocurre (y de lo que no, que tal vez sea más relevante) en los predios de La Escapa, de todo lo que hacen y les pasa a los personajes anteriormente mencionados.

Aunque hay otra interpretación posible, ya sabemos que si hay una característica que define al texto literario, es su carácter polisémico. Dispense quien lee esta travesura del Profesor de Literatura que fui, soy y seré. El glaucoma como conjunto de enfermedades del ojo puede ocasionar la pérdida progresiva de la visión. Resulta entonces muy posible que Nat no pueda ver o distinguir a dónde la están llevando sus pasos, ni las consecuencias de sus actos. Vale decir: Nat no es consciente de su particular descenso a los infiernos, cuyos detalles no vamos a revelar aquí. Ni más faltaba.

Estimado/a lector/a: si está buscando una novela que gire en torno a un asesinato o en la cual se desencadenen grandilocuentes acontecimientos, de antemano y con todo respeto le advierto que *Un amor* no es ese texto (a estas alturas ya usted debería saber que los asesinatos solo ocurren en los edificios).

Muy por el contrario, es esta una novela de lo cotidiano, de las peripecias diarias, de nuestras propias contradicciones como seres humanos, de la exacerbación de los instintos. Uno de esos textos donde parece que no pasa nada. Y sí pasa. Y mucho, en *La Escapa*, que me recuerda al *Ortiz de Casas Muertas*, del venezolano Miguel Otero Silva; al *Macondo de Cien Años de Soledad*, del colombiano Gabriel García Márquez; o a la *Comala de Pedro Páramo*, del mexicano Juan Rulfo.

Mención aparte para el lenguaje. A mi modo de ver, el uso del mismo es lacónico y austero, en consonancia con el paisaje circundante. Leyendo algunas frases visualizaba a Macario y Luvina de *El Llano en Llamas*, también de Rulfo.

De más reciente data es la conexión que podemos establecer entre la novela de *Mesa y Los asquerosos*, novela de Santiago Lorenzo, editada por Blackie Books en 2018.



En las dos hay un personaje que emprende un viaje físico y psicológico al mismo tiempo, al mundo rural. Aunque hay diferencias notables: en esta última el personaje central es un joven llamado Manuel, quien huye a un caserío abandonado luego de asesinar a un policía; aquí sí, involuntariamente, si me permiten el término, en medio de una manifestación en la cual no tenía ni arte ni parte.

Sirvan estas humildes cuartillas, con sus mil trescientas veinticinco palabras, como una tangencial aproximación a *Un amor*, de Sara Mesa. Y si después de su lectura nos interesamos por otras de sus creaciones, pues mejor todavía. Porque déjeme decirle, estimado/a lector/a, que esta periodista y filóloga hispánica afincada desde la niñez en la ciudad andaluza de Sevilla también es la autora de las novelas *Cuatro por cuatro* (2013, finalista del Premio Herralde de Novela), *Cicatriz* (2015), *Cara de pan* (2018) y *La familia* (2022), así como de los volúmenes de cuento *La sobriedad del galápago* (2008), *No es fácil ser verde* (2009) y *Mala leche* (2016). Algunas de estas obras se han hecho merecedoras de diferentes reconocimientos como el Ojo Crítico de Narrativa, Premio Cálamo Extraordinario, Premio Andalucía de la Crítica, entre otros galardones.

Finalmente, es una obviedad decir que los invito a leer. Con toda seguridad, la lectura hará que esta vida loca de hoy duela un poco menos.

